

Habana Abierta

24 Horas

EL MERCADO A VECES, TIENE ACIERTOS POÉTICOS. EN ESTE caso se trata de nombres 13 y 8 se hacía llamar un grupo de cantautores que se reunían justo en esa esquina del ordenado y numerado barrio habanero del Vedado para compartir sus canciones. Eso era a finales de la década pasada. Luego cada cual tomó su rumbo, formaron sus propios grupos, alguno viajó, a veces se dejaban de ver, pero nunca malgastaron motivos para reunirse. Apareció entonces un sello independiente español con la idea de grabar un disco conjunto. «Habana Oculta» era un buen nombre con el que intrigar a quienes suelen creerle demasiado al telediario o a las agencias de viajes. Y no era mal hallazgo, sobre todo tratándose de algo oculto. La música cubana podía ser algo más que un lubricante tropical para la cintura o un suero para progres nostálgicos. Con el cambio de nombre *Habana Abierta* esta generación de músicos, vendida al precio de antología confirmó que bajo el rótulo de «música cubana» cabía algo más que tópicos destinados a alimentar la sed por el exotismo y la nostalgia. Cabía ser, por ejemplo, una actualización agresiva de lo que para mí tengo como la verdadera tradición de la música cubana, la de mirar con igual intensidad hacia adentro y hacia afuera, conscientes de que ese adentro había sido alguna vez un afuera africano o europeo. Esa actitud convertida en tradición produjo hace un siglo hermosísimos danzones en los que los ritmos afrocubanos se encontraban perfectamente a gusto con melodías de Mozart o Rossini y ahora, en los estertores de este milenio, permitía a estos habaneros ocultos descubrir la armoniosa vecindad entre Arsenio Rodríguez y Red Hot Chili Peppers (en definitiva uno murió donde los otros nacieron, en California).

Si todo esto era cierto en la primera entrega de *Habana Abierta*, esta segunda trae el sabor de lo definitivo. Ya no es una generación convertida en antología sino un

Enrique del Risco

grupo compacto que ofrece una música igualmente compacta. La coherencia de lo diverso parece ser la consigna, si alguna hubo, a la hora de emprender este disco. Y no pienso sólo en una diversidad nacional. «Cada persona es un mundo» dice la gente que cree haber alcanzado la cima de la sabiduría; y bien se puede decir de los seis integrantes de *Habana Abierta*, compositores muy distintos entre ellos, con influencias, imaginarios y proyecciones que se extienden en direcciones diferentes a cada momento. Sospecho que en cualquier parte del mundo será difícilísimo encontrar tantos y tan distintos talentos creativos hacinados en la nómina de una banda. Si en el disco anterior la distribución de temas por autor seguía pautas rigurosas de racionamiento (a dos temas per cápita), acá justamente los temas más interesantes cuentan con la autoría de hasta tres compositores para no hablar de la participación multitudinaria en los arreglos (hasta siete arreglistas aparecen en los créditos de varios números). El siempre trabajoso milagro de armonizar tanto talento, se deberá (amén de los esfuerzos de los productores) a una similar actitud ante la música, de ahí que más arriba haya apelado a la tradición como respuesta tentativa. El hecho es que en *24 Horas*, la nueva grabación de *Habana Abierta*, a la variedad y coherencia se une la intensidad. A diferencia de los cócteles de laboratorio que mezclan en un pop meloso géneros convenientemente diluidos traídos de medio mundo, *24 Horas* habla de una avidez esencial por los sonidos, ésa que no se detiene a pedirles los pasaportes, sino que digiere todo lo que tengan de valioso para nutrir las ideas que asedian a los músicos. Éstos pueden seguir siendo cubanos pero su música es cada vez más universal, ya que quizás es el único modo de que siga siendo cubana o simplemente música. Los años transcurridos en España van haciéndose sentir y el mundo sonoro que ahora rodea a los de *Habana Abierta* puede escucharse claramente en temas como *La algarabía*, *Cuando salí de La Habana*. Nada de trucos para engatusar al público local; ya bastante de eso tienen a todas horas. Si no bastara la sutileza con que se incurre en cada nuevo género, sería difícil conjugar supuestas concesiones a un gusto local con referencias que acaso descifre Dios omnisciente y tres o cuatro mortales. O ese inicio de la ya mencionada *Cuando salí de La Habana*, en que la melodía de un dibujo animado de un país que acaso nunca existió (la Unión Soviética dicen que se llamaba pero mi abuela, no sé si por fuerza de la costumbre o por profética, nunca le dejó de llamar Rusia) se trenza con un ritmo de cumbia para iniciar uno de los mayores despliegues de desenfado genérico que exhibe del disco.

He hablado de la tradición de la música cubana casi como si ésta fuese una sola. Las hay muchas y tratándose de cantautores no queda otro remedio que mencionar a la Nueva Trova, en la que en algún momento pudieron ser clasificados los ahora miembros de *Habana Abierta*. Hace mucho que renunciaron a ser los descendientes directos de Silvio Rodríguez, que para nada significa renunciar a un rigor literario en las composiciones, a pesar de cierta persistente superstición al respecto. Años atrás, los mismos que los de *Habana Abierta* llevan tocando, escribir canciones de letras medianamente coherentes implicaba inevitablemente sumarse a la prole espiritual de Silvio y Pablo con

toda la unción que ello implicaba. Pese a los intentos de generaciones subsiguientes de dar alguna variedad a este fatalismo genealógico, no lograron en el mejor de los casos más que perpetuar la imagen de muchachos incomprendidos por la Revolución (sí, con mayúsculas y todo) pero que sin embargo esperaban pacientes porque ésta se decidiera a aceptar su cooperación. De ahí la unción, la melancolía, la autocompasión y un cierto estoicismo estreñido ante los golpes (literales) de la incompreensión. La generación de músicos que casi en su totalidad integran *Habana Abierta* le dio la espalda a las misas cantadas que eran los conciertos de la *Nueva Trova* para devolverle a su música el goce que otros le negaban. La fuerza que a otros se les pudría adentro, ellos se limitaron a liberarla. Todo eso explica la generosidad con que reparten su energía en los conciertos en vivo, atrapada en *24 Horas* mejor que en ninguna grabación anterior. También explica el filo múltiple de sus letras, su definitiva ausencia de mojjatería progre. Frente a las súplicas de un Silvio o un Carlos Varela para recibir la oportunidad de hacer alguna revolución o al menos darle los toque finales, los de *Habana Abierta* se «conforman» con un «cachito pa'vivir» para luego exigirlo hasta la ronquera o confiesan con la misma energía "¡sí yo le doy las 24 horas!" y que «yo sólo me enfermo con lo que no hago», reclamo urgente de cualquier placer mundano frente a una austeridad cada vez menos creíble. Ya el cuerpo sabe que el alma sola no va a ninguna parte.

Posiblemente sea «Divino guión» el texto más brillante del disco a pesar de que a ratos se sienta obligado a pagar deudas innecesarias como aquél «ya no es lo mismo que cuando éramos fiñes (niños), / pioneros por el comunismo, ilusión de cosmonautas» más cerca de la nostalgia lacrimosa de un Carlos Varela. Lo mejor hay que buscarlo en la prestidigitación irónica que convierte el «irse del país», irreversible en la retórica oficial cubana, en un relativo «yo me alejé un poquito» porque «desde más lejos se ve más bonito» o que nos recuerda que nada aplasta más en un elefante que la memoria.

Dije al principio que el mercado tiene aciertos poéticos. No sé a quién se le ocurrió titular el disco *24 Horas* ni si pensó en la especial relación que guarda *Habana Abierta* con el tiempo, con su tiempo. *24 Horas* sugiere, a diferencia de la persecución del futuro emprendida por los fundadores de la *Nueva Trova*, un presente perpetuo, un aferrarse al único tiempo realmente existente o, siguiendo una antigua lógica, una falacia entre los únicos tiempos posibles: el futuro sobre el que nos abalanzamos y el pasado en el que continuamente vamos convirtiendo ese futuro. En cualquier caso, como intentan explicarnos Vanito, Alejandro, Boris, Pepe Medina, y Kelvis no hay utopía más cierta ni certeza más utópica que conseguir vivir el presente. La utopía musical que nos propone el disco no es menos inmodesta. Se trata, creo, de que La Habana, que ya sabemos, es algo más que una convención geográfica o (y eso lo sabemos menos) cultural, pueda volver a ser como la del disco: abierta. Y nótese que no digo «libre», so pena de que termine trocándose en Guitart, Hilton o quién sabe qué otra cadena hotelera.